

## CAPITULO VIII

SUMARIO: Excursión á Colonia del Sacramento.—Valor de una estancia.—Rebaños, cómo se cuentan por cabezas.—Extraña raza de bueyes.—Guijarros perforados.—Perros de pastor.—Doma de caballos.—Carácter de los habitantes.—Río de la Plata.—Bandadas de mariposas.—Arañas aeronautas.—Fosforescencia del mar.—Puerto Deseado.—Guanaco.—Puerto San Julián.—Geología de la Patagonia.—Animal fósil gigantesco.—Tipos constantes de organización.—Modificaciones en la zoología de América.—Causas de extinción.

## La banda oriental y la Patagonia.

Al cabo de quince días de verdadera detención en Buenos Aires, consigo por fin embarcarme á bordo de un navío que se dirige á Montevideo. Una ciudad sitiada es una residencia desagradable siempre para un naturalista, pero en el caso actual eran de temer además las violencias de los bandoleros que en ella habitaban. Había que temer sobre todo á los centinelas, pues las funciones oficiales que desempeñaban, las armas que llevaban de continuo, dábanles para robar un grado de autoridad que ningún otro podía limitar.

Nuestro viaje es largo y desagradable. En el mapa, la desembocadura de la Plata parece bellísima; pero la realidad dista mucho de corresponder á las ilusiones que se han forjado. No hay grandiosidad ni hermosura en esta inmensa extensión de agua fangosa. En ciertos momentos del día, desde el puente del bu-

que donde estaba, apenas me era posible distinguir ambas orillas, que son en extremo bajas. Al llegar á Montevideo recibo noticias de que el *Beagle* no se dará á la vela sino dentro de algunos días. Por tanto, inmediatamente me dispongo á hacer un viajecillo á la banda oriental. Puede aplicarse á Montevideo todo lo que he dicho respecto á la región que rodea á Maldonado; sin embargo, el suelo es mucho más llano, con excepción del monte Verde, que tiene 450 pies de altura (135 metros) y da nombre á la ciudad. Alrededor ondula la llanura herbosa; nótanse allí muy pocos cercados, excepto en las cercanías de la ciudad, donde hay algunos campos rodeados de setos cubiertos de agaves, cactus é hinojo.

14 de Noviembre.—Salimos de Montevideo por la tarde. Me propongo ir á Colonia del Sacramento, en la margen septentrional de la Plata, frente á Buenos Aires; subir por el Uruguay hasta Mercedes, en la orilla del río Negro (uno de los numerosos ríos que llevan este nombre en la América meridional) y volver luego directamente á Montevideo. Dormimos en casa de mi guía, en Canelones. Nos levantamos temprano con la esperanza de hacer una larga etapa, esperanza frustrada puesto que todos los ríos están desbordados. Atravesamos en barca los riachuelos de Canelones, Santa Lucía y San José, y perdemos así mucho tiempo. En otra excursión había cruzado yo el Santa Lucía por cerca de su desembocadura y me chocó muchísimo ver con qué facilidad nuestros caballos, aun sin estar habituados á nadar, habían recorrido esta distancia, por lo menos de 600 metros. Un día que en Montevideo manifesté mi asombro acerca de este particular, me refirieron que algunos titiriteros acompañados de sus caballos naufragaron en la Plata; uno de



esos caballos nadó por espacio de siete millas para llegar á tierra. En aquel día un gaucho me dió un regocijado espectáculo por la destreza con que obligó á un caballo repropiado á atravesar un río á nado. El gaucho se desnudó por completo, montó á caballo y obligó á éste á entrar en el agua hasta perder pie; dejóse escurrir entonces por la grupa y le agarró la cola; cada vez que el animal volvía la cabeza, el gaucho le arrojaba agua para asustarle. En cuanto el caballo llegó á la margen opuesta, irguióse de nuevo en la silla el gaucho é iba montado con firmeza, bridas en mano, antes de haber salido por completo del río. Bello espectáculo es ver á un hombre desnudo jinete sobre un caballo en pelo: nunca hubiera creído que ambos animales fuesen tan bien juntos. La cola del caballo constituye un apéndice muy útil: he atravesado un río en barca acompañado por cuatro personas, arrastrada de la misma manera que el gaucho de que acabo de hablar. Cuando un hombre á caballo tiene que cruzar un río ancho, el mejor medio consiste en agarrar la pera de la silla ó la crin del caballo con una mano y nadar con la otra.

El siguiente día lo pasamos en la casa de postas de Cufre. El cartero llega por la noche con un día de retraso, á causa del desbordamiento del río Rosario. Ese retraso por de contado carecía de consecuencias; pues aunque había atravesado la mayor parte de las ciudades principales de la banda oriental, sólo traía dos cartas. Desde la casa donde habito hay unas vistas preciosas; una vasta superficie verde ondulada, y acá y allá el río de la Plata. Por supuesto ya no veo el país de la misma manera que á mi llegada. Recuerdo cuán llano me parecía entonces; pero hoy, después de haber galopado á través de las Pampas, me pregunto

con sorpresa qué pudo inducirme á llamarlo *llano*. El territorio presenta una serie de ondulaciones, quizá sin importancia ninguna en sí, pero que no por eso dejan de ser verdaderas montañas si se comparan á las llanuras de Santa Fe. Estas desigualdades del terreno determinan la formación de arroyuelos que sostienen la abundancia y el admirable verdor del césped.

*17 de Noviembre.*—Después de atravesar el profundo y rápido Rosario y el pueblecillo de Colla, llegamos al medio día á Colonia del Sacramento. En resumen: he recorrido 20 leguas á través de un país cubierto de árboles magníficos, pero con muy pocos habitantes ni ganado. Me invitan á pasar la noche en Colonia é ir á visitar al día siguiente una *estancia* donde hay algunas rocas calizas. La ciudad está edificada como Montevideo, encima de un promontorio pedregoso; es plaza fuerte, pero la ciudad y las fortificaciones han sufrido mucho durante la guerra con el Brasil. Esta ciudad es muy antigua; y la irregularidad de las calles, así como los bosquecillos de naranjos y de albérchigos que la rodean le dan un aspecto muy bonito. La iglesia es una ruina muy curiosa; transformada en polvorín, cayó sobre ella un rayo durante una de las tempestades tan frecuentes en el río de la Plata. La explosión destruyó dos tercios del edificio; la otra parte que sigue en pie es un curioso ejemplo de lo que puede la fuerza reunida de la pólvora y la electricidad. Por la noche me paseo por las medio ruinosas murallas de esta ciudad, que representó un papel tan grande en la guerra con Brasil. Esa guerra tuvo deplorables consecuencias para este país, no tanto en sus efectos inmediatos como por haber sido origen de la creación de una multitud de generales y otros oficiales de todas graduaciones. Hay más gene-



rales (aunque sin sueldo) en las provincias unidas de la Plata que en el reino unido de la Gran Bretaña. Estos señores han aprendido á amar el poder y no tienen ninguna repulsión por batirse un poco. Por eso hay siempre muchos aficionados á promover trastornos y á derribar un gobierno que hasta ahora no se funda en bases muy sólidas. Sin embargo, aquí y en otras localidades he notado que empieza á tomarse con vivo interés la próxima elección presidencial; eso es buen síntoma para la prosperidad de este pequeño país. Los electores no exigen á sus representantes una educación esmerada. He oído á algunas personas discutir las cualidades de los diputados por Colonia, y decían que, «aunque no son comerciantes, todos ellos saben firmar». Creían que no es preciso pedirles más.

18 de Noviembre.—Acompañó á mi hospedero á su estancia, sita en el arroyo de San Juan. Por la tarde damos á caballo una vuelta alrededor de su propiedad: comprende  $2\frac{1}{2}$  leguas cuadradas y está en lo que se llama un *rincón*, es decir, que el río de la Plata costea uno de los lados y los otros dos están defendidos por torrentes infranqueables. Hay allí un excelente puesto para embarcaciones pequeñas y una gran abundancia de monte bajo, lo cual constituye un valor de mucha cuantía, pues esa leña se emplea para la calefacción en Buenos Aires. Tenía yo curiosidad por saber cuál podría ser el valor de una estancia tan completa. Hay en ella 3.000 cabezas de ganado vacuno y podría alimentar tres ó cuatro veces más, 700 yeguas, 150 caballos domados y 600 carneros; además hay agua y piedra caliza en gran cantidad, excelentes corrales, una casa y un vivero de albérchigos. Por todo esto han ofrecido 10.000 pesos al propietario; pide 2.500 pesos más y probablemente lo daría por menos.

El principal trabajo que necesita una estancia es recoger dos veces por semana el ganado en un sitio céntrico, para amansarlo un poco y para contarlo. Pudiera creerse que esta operación presentará grandes dificultades cuando se reúnan 12.000 á 15.000 cabezas en un lugar. Sin embargo, eso se consigue con bastante facilidad basándose en el principio de que los animales se clasifican por sí mismos juntándose en grupos de cuarenta á cien individuos. Cada grupo se conoce por algunos individuos de señas particulares; conocido también el número de cabezas de que consta cada grupo, bien pronto se nota si un solo buey falta al llamamiento entre 10.000. Durante una noche de tempestad, todos los animales se confunden, pero á la mañana siguiente todos se separan como antes; por tanto, cada animal debe de conocer á sus compañeros en medio de otros diez mil.

Dos veces encontré en esta provincia bueyes pertenecientes á una raza muy curiosa, que llaman *nata* ó *niata*. Tienen con los demás bueyes casi las mismas relaciones que los *bulldogs* ó los gozquecillos tienen con los otros perros. Su frente es muy deprimida y muy ancha, el extremo de las narices está levantado, el labio superior se retira hacia atrás; la mandíbula inferior avanza más que la superior y se encorva también de abajo á arriba, de modo que siempre están enseñando los dientes. Las ventanas de la nariz, colocadas muy altas, están muy abiertas; los ojos se proyectan hacia adelante. Cuando andan, llevan muy baja la cabeza; el cuello es corto; las patas de atrás son un poco más largas de lo habitual, si se comparan con las de delante. Sus dientes al descubierto, su corta cabeza y sus narices respingadas les dan un aire batallador lo más cómico posible.



Gracias á la deferencia de mi amigo el capitán Sullivan, he podido adquirir después de mi regreso la cabeza completa de uno de estos animales, cuyo esqueleto está depositado actualmente en el Colegio de Médicos (1). D. F. Muñiz, de Luxán, tuvo la bondad de recoger, para comunicármelos, todos los informes relativos á esta raza. Según sus notas, parece que hace ochenta ó noventa años esta raza era muy rara, y que en Buenos Aires se la consideraba como una curiosidad. Generalmente se cree que surgió en medio de los territorios indios al Sur de la Plata, y que ha llegado á ser la raza más común en esas regiones. Hoy mismo, los animales de esta raza criados en las provincias al Sur de la Plata prueban con su aspecto salvaje que tienen un origen menos civilizado que los bóvidos ordinarios; la vaca abandona á su primer ternero si la separan muy á menudo. El doctor Falconer me señala un hecho muy singular: que una configuración casi análoga á la anormal configuración (2) de la raza *niata* caracteriza al gran rumiante extinto de la India, el *Sivatherium*. La raza es muy estable: un toro y una vaca *niata* producen invariablemente becerros *niata*. Un toro *niata* con una vaca ordinaria, ó el cruzamiento recíproco, producen descendientes de un carácter intermedio, pero con los caracteres *niata* vigorosamente marcados. Según el Sr. Muñiz, está probado, en contra de la experiencia habitual de los ganaderos en análogo caso, que una vaca *niata* cruzada con un toro or-

(1) Mr. Watterhouse ha escrito una descripción muy completa de esta cabeza, y espero que la publicará en algún periódico.

(2) En la carpa y en el cocodrilo del Ganges se ha observado una estructura anormal casi análoga, pero no sé si es hereditaria.—*Histoire des Anomalies*, por Isidoro Geoffroy Saint-Hilaire, tomo 1, pág. 244.

dinario transmite con más fuerza sus caracteres particulares de lo que suele hacerlo el toro *niata* cruzado con una vaca ordinaria. Cuando la hierba es lo suficiente larga, los bóvidos *niata* se valen para comer de la lengua y del paladar, como la raza ordinaria; pero, durante las grandes sequías, cuando tantos animales perecen, la raza *niata* desaparecería por completo si no se cuidase de impedirlo. En efecto, el ganado vacuno ordinario, lo mismo que el caballo, consiguen aún sostenerse ramoneando con los belfos los tallos tiernos de los árboles y de las cañas. Por el contrario, los *niata* carecen de este recurso, pues no juntan los labios; por eso mueren antes que todas las demás bestias. ¿No es esto un ejemplo demostrativo de las raras indicaciones que pueden suministrarnos las costumbres ordinarias de la vida acerca de las causas determinantes de la escasez ó extinción de las especies, cuando esas causas no se presentan sino á grandes intervalos?

19 de Noviembre.—Después de atravesar el valle de Las Vacas, pasamos la noche en casa de un norteamericano que explota un horno de cal en el arroyo de Las Vívoras. Por la mañana temprano nos dirigimos á un sitio llamado Punta Gorda, que forma un promontorio á orilla del río. En el camino nos proponemos encontrar un jaguar. Las huellas recientes de esos animales abundan por todas partes; visitamos los árboles donde se dice que afilan las uñas, pero no conseguimos dar la vuelta ni á uno sólo. El río Uruguay, visto desde ese punto, presenta una magnífica masa de agua. Lo claro y lo rápido de la corriente hacen que el aspecto de este río sea muy superior al de su vecino, Paraná. En la margen opuesta, varios brazos de este último río desagúan en el Uruguay.



Brillaba el sol y podía distinguirse con claridad el diferente color de las aguas de ambos ríos.

Por la tarde volvemos á ponernos en marcha para ir á Mercedes, en las orillas del río Negro. Pedimos hospitalidad para pasar la noche en una *estancia* que hallamos en el camino. Esta propiedad es grandísima: tiene diez leguas cuadradas y pertenece á uno de los mayores terratenientes del país. Su sobrino dirige la *estancia*, y con él está uno de los capitanes del ejército que acaba de escaparse últimamente de Buenos Aires. La conversación de estos señores no deja de ser bastante divertida, dada su posición social. Como casi todos sus compatriotas, por supuesto, dan gritos de asombro cuando les digo que la tierra es redonda; y no quieren creerme cuando añado que un pozo que se prolongase hasta la suficiente profundidad iría á abrirse al opuesto lado de nuestro globo. Sin embargo, ¿han oído hablar de un país donde el día y la noche duran cada uno seis meses seguidos, país poblado de habitantes altos y flacos! Me hacen muchas preguntas acerca de ganadería y precio de los ganados en Inglaterra. Cuando le digo que nosotros no cogemos con lazo á nuestros animales, exclaman: «¡Cómo! Entonces, ¿no emplean ustedes más que las bolas?» No tenían ni la menor idea de que pudiese cercarse un terreno. El capitán me dice que tiene que hacerme una pregunta, pero importantísima, á la cual me apremia para que responda con toda verdad. Casi temblé ante la idea de la profundidad científica que iba á tener esa pregunta. Hela aquí:—«Las mujeres de Buenos Aires ¿no son las más hermosas del mundo?» Le contesté como un verdadero renegado:—«Ciertamente que sí.» Añadió él:—«Otra pregunta tengo que hacerle á usted: ¿hay en alguna otra parte

del mundo mujeres que gasten unas peinetas como las que éstas llevan?» Le afirmé solemnemente que nunca había encontrado otras mayores. Estaban encantados. El capitán exclamó: «Un hombre que ha visto medio mundo nos afirma que es así; nosotros lo habíamos creído siempre, pero ahora estamos seguros de ello.» Mi excelente gusto en materia de peinetas y de hermosuras me valió un recibimiento entusiasta; el capitán me obligó á aceptar su lecho, y él se fué á dormir á su *recado*.

21 de Noviembre.—Partimos al salir el sol y viajamos despacio durante todo el día. La naturaleza geológica de esta parte de la provincia difiere de la del resto y se asemeja mucho á la de las Pampas. Hay campos inmensos de cardos cultivados y silvestres; hasta puede decirse que la región entera no es sino una gran llanura cubierta de estas plantas, las cuales no se mezclan jamás. El cardo cultivable tiene poco más ó menos la altura de un caballo, pero el cardo silvestre de las Pampas excede á menudo en altura de la cabeza del jinete. Abandonar la senda un instante sería locura, pues á menudo el mismo camino está invadido. Por supuesto, allí no hay ningún pasto; y si bueyes ó caballos entran en un campo de cardos es imposible volver á encontrarlos. Por eso es muy aventurado hacer viajar bestias en esa estación; pues cuando están lo suficiente rendidas de fatiga para no querer ya seguir más lejos, se escapan á los campos de cardos y no se las vuelve á ver más. Hay muy pocas *estancias* en esas regiones; y las pocas que allí se encuentran están situadas cerca de valles húmedos, donde afortunadamente no puede crecer ninguna de esas terribles plantas. La noche nos sorprende antes de llegar al término de nuestro viaje, y pasamos la